

## Libros

***The Development Dictionary. A guide to knowledge as Power*, edited by Wolfgang Sachs (London and New Jersey: Zed Books Ltd., 1992), 306 pp.**

Parece probable que la manera de pensar recogida en este volumen se generalice en el futuro próximo, por lo que conviene estudiarla y analizarla con cuidado. No se trata propiamente de un diccionario, sino de una colección de ensayos que llevan los siguientes títulos y han sido escritos por los autores indicados entre paréntesis:

- Desarrollo (Gustavo Esteva),
- Ambiente (Wolfgang Sachs),
- Igualdad (C. Douglas Lummis),
- Ayuda (Marianne Gronemeyer),
- Mercado (Gérald Berthoud),
- Necesidades (Iván Illich),
- Un solo mundo (Wolfgang Sachs),
- Participación (Majid Rahnema),
- Planificación (Arturo Escobar),
- Población (Barbara Duden),
- Pobreza (Majid Rahnema),
- Producción (Jean Robert),
- Progreso (José María Sbert),

- Recursos (Vandana Shiva),
- Ciencia (Claude Alvares),
- Socialismo (Harry Cleaver),
- Nivel de Vida (Serge Latouche),
- Estado (Ashis Nandy) y
- Tecnología (Otto Ulrich).

Cada ensayo lleva al final una abundante bibliografía y el volumen incluye un excelente índice analítico. Se ordenan alfabéticamente, obviamente de acuerdo con el título en inglés, y hay una breve introducción por Wolfgang Sachs en la que se declara la guerra a la idea de desarrollo y al mismo tiempo se comunica su muerte. Se dice que las ruinas de dicha idea, sin embargo, nos impiden ver claramente. Un breve texto de la Introducción fija el tono desafiante general:

"Cada capítulo tendrá valor si, después de leerlo, tanto los expertos como los ciudadanos tengan que sonrojarse, tartamudear o soltar la risa cuando se atreven a pronunciar esa vieja palabra" (p. 5)

Varios de los autores son muy conocidos. Quienes hayan leído antes alguna obra de Illich encontrarán un fuerte eco de sus ideas en casi todos estos ensayos. La conexión entre los términos que sirven de título a los trabajos es obvia, y el método en todos los casos es parecido: se explora el desarrollo histórico de la correspondiente idea para tratar de explicar por qué estamos tan mal hoy en día en el mundo entero pero en particular en los que algunos todavía llamarían, a pesar de todo, países subdesarrollados. Así, en todos los casos el término que sirve de título indica un elemento

más de la opresión y desviación actuales. Por ejemplo, en el excelente artículo de Lummis sobre la igualdad se nos muestra cómo la noción aristotélica de justicia tiene poco que ver con la idea actual de una igualdad que se prescribe como deseable para todos y que se transforma en un objetivo de la intervención institucional en la sociedad.

Pero las ideas que se esconden detrás de cada término analizado en el respectivo ensayo se conectan en una sola visión que según los autores es la causante de nuestros males: la búsqueda de un innecesario "desarrollo" en el que se impone una "igualdad" homogenizante, para salir de una "pobreza" que solo es problema porque así ha sido definida, mediante una "ayuda" que ya no es espontánea ni está dentro del control del ayudado, mediante una "participación" que en realidad es manipulación de la sociedad, así como el olvido del valor intrínseco de la naturaleza ha llevado a ver el "ambiente" simplemente en términos de manipulación de recursos.

Quizá un lector marxista encuentre extraño que no haya capítulos dedicados al capitalismo y al imperialismo, mientras sí hay uno dedicado al socialismo. Por otra parte, algunos lectores latinoamericanos notarán la ausencia de un trabajo sobre la dependencia. Tampoco hay un artículo sobre neocolonialismo. Por una parte, estas ausencias se explican por el contexto histórico: el volumen ha sido escrito después del colapso del leninismo-estalinismo. Pero aun hay otra razón, más importante: se trata de desvelar los presupuestos del uso ideológico de términos que están de moda y que se usan con una aparente inocencia y con un propósito político determinado. En este sentido hay mucha diferencia entre, por ejemplo, "participación" y "marxismo". El primero todavía sirve para motivar la acción; el segundo no. Finalmente, dichas ausencias aclaran la forma como se articulan los temas: para los autores de este volumen el marxismo, la teoría de la dependencia y hasta la concepción misma del socialismo parecen ser parte del problema global que se analiza, y en todo caso *no* son parte de la solución.

¿Cuál es ese problema y cuál es la solución? En palabras muy sencillas y reduciendo la argumentación a su mínima expresión: el problema es la miseria y desarraigo, material y cultural, de millones de seres humanos en medio de una crisis ecológica que solo puede agravarse y de un proceso de homogenización empobrecedora, todo ello justamente a *consecuencia* de haber seguido por varias décadas la manera de pensar incluida en la noción de *desarrollo*, que no solo consiste en un plan de acción para el Tercer Mundo sino también la continuación de una destructora tendencia secular en los países del Primero. La solución propuesta por los autores *parece ser* (en la medida en que quien esto escribe ha entendido) volver atrás, primero al mundo anterior a 1949, luego a lo que había antes de la aparición de la ciencia y tecnología occidentales, antes de que la naturaleza quedase reducida a un conjunto de

recursos y se perdiese la idea de su valor intrínseco, antes de la planificación centralizada unida a la consolidación del estado en detrimento de la comunidad, antes de los gobiernos y organismos que hablan de participación y ayuda pero promueven la subordinación y el empobrecimiento de las culturas.

Trataremos de sistematizar el pensamiento expresado en este volumen resumiendo sus ideas fundamentales de la siguiente manera:

El punto de partida cercano asumido por casi todos los autores es el discurso de Truman el 20 de enero de 1949, donde se menciona la diferencia entre países usando el término "desarrollo" y "subdesarrollo" y se formula una política para tratar de resolver los problemas que se supona van asociados con (o son definitorios de) el subdesarrollo. Hay dos maneras de ver este hecho:

(a) Los países que entonces empiezan a ser llamados "subdesarrollados" no lo eran antes de ser llamados así. Pero a *consecuencia* de haber sido bautizados de ese modo, empiezan a percibir una diferencia anterior en forma nueva, y caen en la trampa de considerarse en un estadio inferior de un proceso dentro del que deben situarse y esforzarse por cambiar, que equivale en este caso a empeorar. Antes del discurso de Truman había simplemente diferentes regiones del mundo con culturas inconmensurables entre sí; a partir del discurso y a consecuencia de éste empieza a hablarse de regiones desarrolladas y subdesarrolladas únicamente porque así conviene a los planes hegemónicos de los Estados Unidos y a los intereses de los organismos internacionales correspondientes.

(b) La diferencia que ya existía y que supuestamente recibió un nombre nuevo el 20 de enero de 1949 puede llamarse como se quiera, pero era ya una diferencia importante desde el punto de vista histórico: unos países habían heredado los frutos de la Reforma, de la Revolución Científica y de la Revolución Industrial; otros no. Ante esta constatación, caben a su vez tres actitudes: considerar deseables para todo el mundo los frutos de la ciencia y la tecnología occidentales (tal como fue propuesto por Walt Rostow en 1960 en *Las etapas del crecimiento económico*); considerar que solo son tolerables en algunas regiones, mientras otras deben seguir sus propios caminos y, finalmente, estimar que los males de nuestro planeta, en forma global, se deben *precisamente* a esos acontecimientos históricos.

Esta última manera de ver las cosas se combina en el volumen reseñado con la primera de arriba, con la que hemos llamado (a). Toda la discusión sobre este punto puede entonces resumirse así: o bien se afirma que antes de que apareciera la distinción entre países desarrollados y subdesarrollados no había ninguna razón para señalar en esa forma a los países llamados hoy subdesarrollados; o bien se dice que, en todo caso, si hubie-

ra habido alguna razón para ello de todos modos el camino seguido desde entonces ha sido erróneo.

Está claro en este volumen cuáles son los males que sufrimos, cuáles son sus causas y quiénes son los culpables: la propiedad privada, el capitalismo (y, por asociación, el socialismo); Occidente; la ciencia occidental (y, en particular, la economía y la estadística); la tecnología; los planes de desarrollo; la Revolución Científica y la Revolución Industrial; el descubrimiento de América y la colonización; Truman, Stalin, Lenin, Max Weber, Adam Smith y a veces Marx; el estado-nación y también el internacionalismo; los organismos internacionales; lo cuantitativo y, en particular, las mediciones de bienes, servicios y número de habitantes; la valoración positiva de la eficiencia; la modernidad; el control de la natalidad; la idea de necesidades básicas; la noción de expectativas, exigencias y derechos; el consumo material; la razón y la lógica; el presente.

En la lista de los bienes y de los buenos encontramos: la naturaleza, las culturas no occidentales y, en particular, las de la India; las religiones y, en especial, el Budismo; la agricultura de subsistencia; el bien común y, especialmente, la propiedad colectiva; Freud y Gandhi; lo cualitativo; el localismo; la pobreza multi-secular; la sociedad civil; los sentimientos y la pasión; la resignación a la muerte y a otros límites y necesidades naturales; la esperanza; el pasado y, particularmente, la Edad Media.

No cabe duda de que los autores consiguen describir con gran elocuencia algunos de los males más graves que nos aquejan. La inmensa variedad de la naturaleza y de la sociedad humana, que parecían haber logrado algún grado de armonía hasta no hace mucho, se ven hoy día atacadas de una forma sistemática como nunca antes. La destrucción ecológica y cultural solo parece tener una conclusión lógica: la destrucción final del planeta. Por otra parte, la mayor parte de esta transformación se ha dado en años recientes; hace apenas unas pocas décadas cuando la mayor parte del mundo aún conservaba una gran diversidad natural y cultural. En esto estamos de acuerdo y posiblemente lo estarán la mayoría de los lectores, incluso aquellos que más activamente participan en la destrucción. Para citar solo un ejemplo, cualquier persona mayor de cuarenta años que haya crecido en Costa Rica recordará un país con grandes extensiones de naturaleza sin alterar, con ríos llenos de vida por todas partes, con innumerables formas de vida que hoy son solo un recuerdo.

Las discrepancias empiezan a surgir cuando se analizan las causas de la situación y las posibles soluciones. Una primera discrepancia tiene que ver con el crecimiento de la población. En el libro reseñado, "población" es uno de los términos sospechosos cuyo uso debe ser desterrado; contar habitantes con métodos estadísticos y calcular su impacto en la economía y la ecología, tal como se ha hecho y se hace, se considera equivalente a una forma de violencia (p. 147).

(Curiosamente, en el mismo artículo -p. 152- se nos dice que todos los esfuerzos por reducir la tasa de crecimiento de la población han fracasado por no tener en cuenta la variedad cultural, de donde parece seguirse que el problema no está en la idea misma del control de la natalidad sino en la forma como se ha implementado). Ahora bien, la población de Costa Rica llegó a un millón de habitantes hace apenas 36 años, en 1956. En 1992 supera los tres millones. ¿No tendrá algo que ver la desaparición de grandes espacios abiertos y de naturaleza inalterada con el incremento de la población? Y, lo que es más importante, ¿debemos aceptar pasivamente un incremento parecido en los próximos años? Los autores del volumen posiblemente dirán que hablar en estos términos es simple violencia verbal. Muchos, por el contrario, no estamos de acuerdo con esta valoración y consideramos incompleta cualquier descripción del cambio ocurrido en el mundo en el que no se analice expresamente la variable del crecimiento demográfico.

La siguiente fuente de discrepancia es más profunda. La argumentación que hemos resumido, y que se encuentra también en otros autores y otras obras popularizadas en nuestros días, tiende a colocar el origen del cambio enteramente fuera de la región afectada. El desarrollo ha sido impuesto; en cualquier caso la única falta de los países deslumbrados por sus promesas ha sido haber caído fácilmente en la tentación. Pero esta manera de pensar deja de lado problemas internos que hicieron posible ese deslumbramiento, y omite casi por completo las diferencias de clases sociales dentro de los países afectados. Por el hecho de que en 1992 un gran número de países y regiones tengan problemas que semejan una pesadilla no se puede concluir que en 1942 no tuvieran otros problemas, y sobre todo contradicciones internas. ¿Se aceptaban entonces de buena gana las enormes privaciones asociadas a la agricultura de subsistencia? Pero, más importante aun: ¿era esa agricultura de subsistencia rentable para las clases dominantes? ¿Se puede atribuir deslumbramiento ingenuo ante la ciencia ajena a una población rural azotada por los anquilostomas, por ejemplo, cuando se inician campañas contra dichos parásitos en los años cincuenta? Y así como no es necesario ser malthusiano para otorgar a la variable de la población una importancia propia, tampoco se necesita ser marxista para detectar mecanismos de clases sociales en procesos históricos. Curiosamente se cita la frase en que Marx nos recuerda que los ingleses en la India impusieron la colonización con un ejército hindú pagado por la India (p. 11). Pero no se explota en profundidad tan interesante observación. Pues debemos preguntarnos, ¿cómo fue posible semejante cosa?

Lo cual nos lleva, finalmente, a la consideración más importante: mientras simplemente nos limitemos a rechazar todo lo ocurrido desde la Edad Media sin entender por qué ocurrieron dichos proce-

esos, no es fácil encontrar una solución a nuestra situación. Una cosa es tratar de recuperar el reconocimiento del valor intrínseco de la naturaleza, unido a otros sistemas de conocimiento en culturas perdidas; otra muy diferente es tratar de volver a la agricultura de subsistencia y a la propiedad comunal que existían antes de las grandes explosiones demográficas de los últimos siglos. Regresar al siglo XIV, al siglo de la Peste Negra y de la Guerra de los Cien Años, ya no es posible. Ni creemos que deseen algo semejante la mayoría de los seis mil millones, millones más, millones menos, que pueblan el planeta Tierra en estos momentos. Para muchos de esos millones ni siquiera se plantea posibilidad alguna más allá de tratar de aliviar el hambre.

Una última consideración: hace unos años era frecuente una versión de la mentalidad bipolar, para la cual uno de los dos bloques en pugna (capitalismo vs. socialismo leninista) tenía razón frente al otro, sin ninguna concesión al otro bloque. Ahora, entre algunos marxistas-leninistas desencantados parece operar otra nueva versión de la misma mentalidad bipolar: por un lado se engloba el capitalismo con el socialismo histórico reciente, y a este fenómeno se opone el pasado anterior al capitalismo. Y sigue sin examinarse el problema de la mente bipolar.

*Dr. Luis A. Camacho N.  
Universidad de Costa Rica*